

MADRID

COMER Y BEBER

Fino y picante

PABLO LEÓN
Enso Sushi fue inaugurado, hace casi un año, con la pretensión de ser “el mejor sushi de Madrid”. Abrió sus puertas en el local donde antes estaba Nikkei 225 y tras una reforma —muy acertada, creando un elegante y cálido ambiente—, empezó a hacer sushi.

El pescado es su fuerte. Concretamente el del Mediterráneo, servido con acierto en todas sus formas: sashimi, uramaki, maki o tartar. Su ideólogo, el empresario Antonio Bernal Bas, es origi-

nario de Murcia. Allí abrió el primer Enso Sushi, al que siguieron cuatro locales en diferentes ciudades de la costa. Y de hecho, se abastece de algunos peces del mar Menor, lo que da cierto exotismo a la propuesta. Pero Bernal, que lleva más de dos décadas dedicado a la exportación de atún rojo, quería inaugurar en la capital, donde fue proveedor de reconocidos japoneses, como Suntory, Kabuki o Tokyo Taro.

En el Enso Sushi capitalino (paseo de la Castellana, 15; abierto



Sashimi moriwase, de Enso Sushi.

todos los días; entre 50 y 70 euros; menú degustación 49 euros sin maridaje), además de atún en todas sus variantes, se disfruta con

la lubina, el mújol, las vieiras, los jureles... Un material fresco que cortan con finura y precisión y que acompañan de sabrosas al-

gas, sabores cítricos, picante y toques de cocina latina. También ofrecen platos calientes cocinados en un horno cerámico japonés de leña que deja un toque ahumado en carnes y pescados.

El resultado son platos explosivos y sabrosos desde el aperitivo —unos adictivos cacahuets tostados con wasabi— hasta el postre (muy recomendable el tiramisú de té verde). Ofrecen la opción de maridar cada plato con una selección de vinos, champagnes o sakes premium, elegidos con cuidado por la sumiller búlgara Metodiyka Popova. Si se prefiere elegir, en su carta hay 130 referencias. No es fácil decir, con total certeza, que es el mejor sushi de Madrid, pero esfuerzos para serlo no le faltan.



Participantes en el grupo de teatro femenino dedicado a identificar actitudes machistas. / CLAUDIO ÁLVAREZ

MAI MONTERO, Madrid
Kayra González tiene 25 años y se casó cuando tan solo tenía 18. De aquel matrimonio nacieron tres hijos, pero se vio truncado por el “carácter machista de su marido”. Ahora González, de origen dominicano pero afincada en España desde los seis años, es una de las alumnas que asisten todos los lunes a las clases de teatro para mujeres que se imparten gratuitamente en el Espacio Integral de Atención a la Mujer en Madrid (EMMA) de Vallecas. Este taller busca que las asistentes, a través del teatro, se empoderen y sean capaces de reconocer las conductas machistas en su día a día y de enfrentarse a ellas.

En el aula se mezclan mujeres entre los 20 y los 70 años, con circunstancias muy distintas. Algunas han sido víctimas de violencia de género, otras son activistas del 15-M. Pero todas tienen algo en común: su interés por aprender e intercambiar sus experiencias para ser más fuertes.

Romina R. Medina, licenciada en Arte Dramático y Dirección Escénica, y especializada

Una ONG organiza un taller en Vallecas para rechazar las actitudes de prepotencia de los varones

Teatro contra el micromachismo

en estudios feministas, es la profesora de estas 13 alumnas. “Primero recibieron enseñanza teórica para que fueran capaces de detectar los micromachismos que las rodean cada día. Después, a partir de improvisaciones, representan escenas de su vida —o situaciones futuras— en las que podrían estar sufriendo ese tipo de conducta”, explica Medina.

“Al principio fue muy difícil que detectasen los micromachismos. Todas se fijaban en conductas de violencia de género muy visibles y les costaba ver estas pequeñas cosas porque las tenían muy interiorizadas”, afirma la profesora. Tras identi-

ficarlas, las mujeres intentan poner en práctica directrices que aprenden en el escenario. “No es lo mismo cuando estamos todas en clase que cuando una se enfrenta por sí sola a una situación de este tipo”, dice González. “En clase estás más respaldada. Pero poco a poco aprendemos a transmitir las y a implantarlas en nuestro día a día”, añade.

Para Susana Múgica, integradora social y activista, este taller tiene una utilidad distinta a la de González. “Yo ya estaba concienciada sobre este tema, pero a través de estas clases afianzo contenidos y comparto con otras mujeres experiencias

diferentes a las que yo vivo en mi vida diaria. Hay gente que sabe mucho de feminismo; otra, nada. Gente que ha sido víctima de violencia; otra no. Pero lo realmente interesante es que se trabaje desde las vivencias reales y se aplique lo explicado en la práctica”, sostiene Múgica.

Uno de los ejercicios que surgieron en clase y que las alumnas han practicado en su vida diaria es el de hacerse visibles en los espacios públicos. “Muchas veces, en el metro o en el autobús, hay hombres que se sientan a nuestro lado y ocupan un espacio mucho mayor del que necesitan abriendo las piernas. Yo les animo a que tomen conciencia y a que piensen que, aunque no lo parezca, eso es un micromachismo”, relata Medina.

Además de esta actividad cultural, el centro social, subvencionado por el Ayuntamiento de Madrid, ofrece asesoría jurídica, psicológica y atención a menores para las mujeres que sufren o han sufrido una situación de desestructuración personal, familiar o de violencia.

ROCK R. Pozo y M. Olson

Alternancia sin chispa

FERNANDO NEIRA

En el capítulo de las extrañas parejas, mucho más que la de Lemmon y Matthau, habrá que ir incluyendo la que este sábado oficializaron en la Galileo Galilei Mark Olson y Rubén Pozo. Comparten, ahora que caemos, una cierta condición de disidentes: el primero dio portazo en The Jayhawks y el segundo acabó precipitando la desintegración de Perezza. Y hasta puede que les emparente el malditismo, puesto que The Jayhawks refulgen con Gary Louris al frente y Leiva cosecha en solitario un éxito infinitamente superior al de su antiguo maestro. Pero la interacción entre ambos fue, siendo generosos, testimonial.

El de Minnesota ejerció casi como telonero junto a su esposa, la noruega Inngun Ringvold. El segundo afrontó por cuenta propia la parte troncal de la velada, con hasta nueve piezas de su catálogo. Y el resto, ya los tres juntos, fue alternancia sin chispa. Faltaban complicidades, miradas, fogonazos; algún mínimo atisbo de que Pozo y Olson eran camaradas y no solo carabinas.

“Esto es como pasar del delta del Misisipi al delta del Manzanares”, resumió con salero el madrileño en una de las transiciones. Cierto: hay que echarle imaginación para hallar semejanzas entre ambos repertorios. Olson alternó grandes momentos y frustraciones como un *Blue* en el que, en ausencia de Louris, nadie alcanzaba las notas agudas. Y Pozo se recreó en sus consabidas crónicas de seducción a tropicónes, dependencias afectivas y sensualidad de alcoba. Es muy competente como guitarrista y escribe con más riqueza e impredecibilidad que su célebre exsocio, lo que demuestra la importancia de la marca en este mundo *logotomizado*. Pero el tándem Pozo/Olson, lastrado por la barrera idiomática, no existió como tal. Si existen intersecciones, aún no se han puesto a buscarlas.